



Quiero probar de un modo indiscutible que si todos los amores son diferentes, todas las epístolas de amor son iguales.

Desde lejanas épocas he dedicado las actividades de que pude disponer a estudiar y coleccionar las epístolas de amor. En mis archivos tengo cartas amorosas escritas en Madrid, y en Logroño, y en Segovia, y en San Sebastián. También tengo cartas de Victoria, que son las mejores. Y no faltan las que vieron la luz en el Extranjero, ni las redactadas en alemán, en inglés, en ruso, en hebreo, en caldeo, etc.

Es natural que las cartas de amor sean todas iguales y se sujeten a tres o cuatro únicos modelos diferentes. Otro tanto ocurre con la Tragedia: que se sujeta a tres o cuatro modelos distintos para desviarse en las peripecias. Y ya es sabido que Horacio Walpole—nuestro gran amigo de la infancia—dijo que la vida es una comedia para los que piensan, y una tragedia para los que sienten, o, lo que es sinónimo, para los que aman. Aclarando el concepto definitivamente, escribiré que el Amor y la Tragedia van del brazo y hasta saltan juntos a la comba.

Hoy voy a ocuparme solamente de las cartas de amor masculinas, esto es, de las dirigidas a las mujeres por los hombres que las amaron. Cualquiera día me ocuparé asimismo de las cartas femeninas.

Del primer grupo figuran en el archivo ochenta y tres mil doscientas veintidós epístolas. Quiero advertir que todas ellas son epístolas idílicas, cartas de amantes sometidos a fuerte presión amorosa, y para que las lectoras se

queden tranquilas, añadiré que las destinatarias eran hermosísimas, y los remitentes, gentiles e inteligentes.

Cuarenta mil trescientas de estas epístolas están encabezadas del mismo modo.

Empiezan así:

"¡Nena de mi alma!"

En dos mil setecientas se lee:

"¡Chiquilla mía!"

En novecientos veinte escribieron:

"¡Adorada Fulanita!"

Dos comienzan de esta forma, un poco deleznable.

"¡Chata!"

Veinte mil siete van dirigidas así:

"Idolatrada Mengana de mi corazón..."

Diecinueve mil dicen nada menos que lo siguiente:

"Zutana queridísima, amor de mi vida, ilusión de mis sentidos hiperestesiados, locura progresiva de mi corazón."

Novecientas noventa principian de un modo inquisitorial:

"Tormento mío..."

Dos no empiezan de ninguna forma, sino que los firmantes se metieron en harina en seguida, como el más activo de los tahoneros.

Y las tres últimas están encabezadas con el nombre de la destinataria caprichosamente deformado por el amor y la confianza, pero los tres "nombres" son algo incongruente, como puede verse:



quiero? Recuerdo *tus* labios, *vida* mía, con el entusiasmo propio de mi pasión. Porque tú sola eres todo en mi corazón y la furia amorosa me postra a tus pies."

TERCER TIPO DE CARTA

"Quiero estrecharte contra mi corazón, porque tu recuerdo y tu vida son los pies en que se sostiene mi felicidad. Quiero decirte, cuando estés sola, la furia, el entusiasmo, todo lo que en mis labios pone esta pasión."

CUARTO TIPO DE CARTA

"No quiero que tu recuerdo pese sobre mi vida con esta furia, ni sabré decirte la pasión que ha



"Piquirriqui..."

"Chipichusqui..."

"Corripichi..."

Y uno piensa que quizá no hay derecho a llamar estas cosas a una mujer, por mucha confianza y mucho amor que le unan con ella.

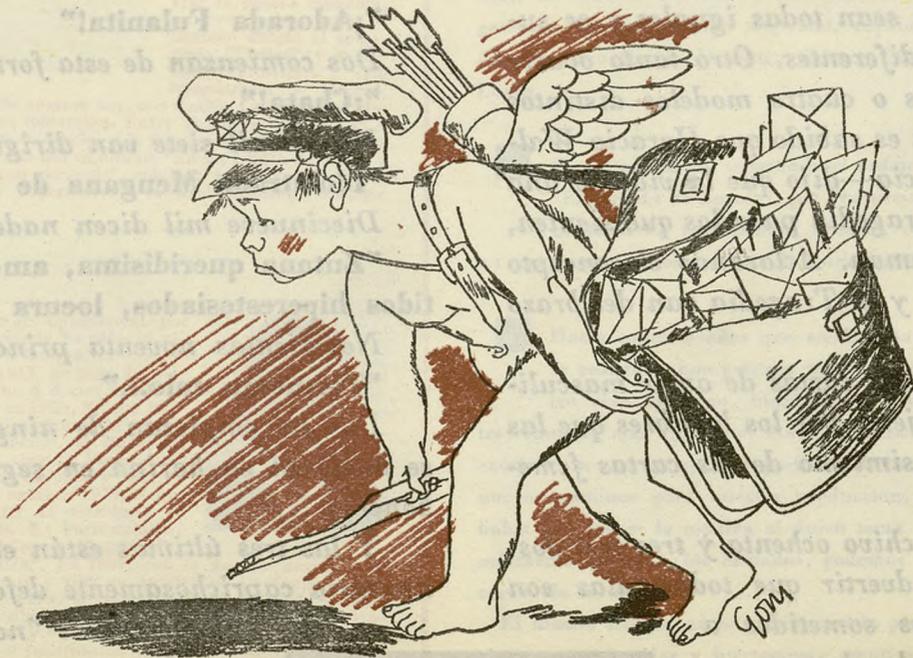
Ya habrán visto ustedes que los encabezamientos son poco variados, pero aún lo son menos las cartas. Todas ellas, absolutamente todas, están formadas por catorce palabras, combinadas distintamente. Las palabras son estas: sola, corazón, felicidad, pies, labios, pasión, entusiasmo, furia, recuerdo, vida, quiero, decirte, todo, cuándo.

PRIMER TIPO DE CARTA

"Te quiero con todo mi corazón. Tú sola eres la felicidad. Te quiero con tal furia y tal entusiasmo, que sólo anhelo estar a tus pies para decirte que esta pasión es ya mi vida. Vivo de tu recuerdo, y tus labios son mi única aspiración ¿Cuándo me contestas?"

SEGUNDO TIPO DE CARTA

"¿Cuándo volveré a sentir la felicidad de decirte que te



arrastrado todo lo que hay en mi corazón; pero sí quiero tener eternamente los labios sobre tus pies, porque el entusiasmo de esta felicidad acabará cuando muera. No estarás nunca sola en el mundo."

Como ven ustedes, los amantes no suelen tener mucha imaginación. Y tal vez se piense que la igualdad de forma de las cartas obedece a la entusiástica igualdad de su fondo... ¡De ninguna manera! Vean una última carta, compuesta por los mismos elementos—con las mismas palabras, fundamentalmente—y que nada encierra de amable para la mujer a que fué destinada:

ÚLTIMO TIPO DE CARTA

"Quiero arrancarte de mi corazón, donde antes vivías sola, para decirte que ambiciono olvidar todo recuerdo y que no nos veamos ya más en la vida. Tú no eres mi felicidad, y mis labios te han dicho un entusiasmo y una pasión que concluyeron cuando supe que eras una furia inaguantable. A tus pies."

¿Se han convencido ustedes de que todas las epístolas de amor son iguales?

Pues a firmar...

E. JARDIEL PONCELA